

CLEMENTINA DÍAZ Y DE OVANDO

MEXICO EN 1970 EN LA IMAGINACION DE 1844



La ciudad de México, según una descripción aparecida en la revista *El Liceo Mexicano* (1844) afectaba la forma de un cuadrado, cuya extensión de oriente a poniente, lo mismo que de norte a sur tenía más de una legua, sus calles eran anchas, tiradas a cordel, con una población aproximada de doscientos mil habitantes, de comercio activo que importaba todos los efectos extranjeros que entraban por Veracruz y de otros puntos de la República: mantas, loza, azúcar, añil, frutas, granos, aguardiente y pulque, del que se hacía gran consumo, en cambio no había exportación.

El general Santa-Anna seguía detentando el poder, cometiendo sus conocidas arbitrariedades. La República se enfrentaba a la cuestión de Texas que no tardaría mucho en resolverse con la anexión a la Unión Americana de gran parte de nuestro país, sin que este grave problema preocupase a Santa-Anna.

La adulación, sin embargo, rindió a Santa-Anna su tributo. El 5 de marzo, gracias al empeño del empresario del mercado José Rafael Oropeza y bajo la supervisión del contador Manuel Díaz de Moctezuma se fundió la estatua de Santa Anna que debería colocarse en la plaza del Volador. La estatua era obra del escultor español Salustiano Beza y del fundidor mexicano José López.

El 13 de marzo de 1844 en el periódico *El Siglo Diez y Nueve* apareció firmado con el seudónimo de "Un mexicano", este comentario en el que se resaltaba la participación artística del fundidor José López:

"El 5 del corriente, en la casa número 2 de la primera calle de Tezontlale, se ha verificado felizmente según todas las apariencias, la fundición de la estatua del Exmo. Sr. Presidente de la República, general D. Antonio López de Santa-Anna. . . Esta es la primera vez que un paisano nuestro al ejecutar una obra notable de fundición dedicada para un monumento público, es dueño de su gloria artística, y si la hermosa estatua ecuestre del rey Carlos IV llamó tanto la atención, no será menos digna de llamarla la de que se trata.

"México tiene una nueva prueba de que sus hijos poseen talento para distinguirse en la noble carrera de las artes."

Juán de Dios Arias autor del tomo IV *México a través de los siglos*, titulado "México independiente", cuenta que el acto de descubrir la estatua "levantada sobre erguida columna en la plaza del Volador fue apadrinada por el general Valentín Canalizo" y que la artillería la saludó con sus disparos "los granaderos con triple descarga y las campanas de los templos con sus bulliciosos repiques". Arias añade este malicioso comentario:

"La estatua mostraba su brazo derecho extendido en dirección al norte, significando, según un ilustrado historiador, su resolución de recobrar Texas, y señalando, según don Carlos Bustamante, el rumbo de la Casa de Moneda."

La plaza del Volador para que luciera la estatua quedó converti-

da en un gran cuadrado de cal y canto. Los trabajos de la nueva plaza del Volador fueron dirigidos por el arquitecto Lorenzo de la Hidalga. En el *Museo Mexicano* de ese año de 1844 se lee que la plaza del Volador "es un edificio que por su tamaño e importancia y ser único en su clase en México ha llamado la atención. . . su conveniencia consiste en su solidez, salubridad y comodidad".

Las reformas hechas a la plaza del Volador modificaron notablemente la vida que allí se desenvolvía, pues como cuenta Guillermo Prieto en *Memorias de mis tiempos* dejó de ser el animado rumbo con sus callejuelas, barberías, carnicerías, tiendas, puestos de frutas y de verduras, con sus vendedores de pasteles, empanadas, *chuchucucos*, quesadillas, "indios vendedores de fajas, monteras, mantas de Texcoco, listones, medallas y voceadores de papeles", sin faltar el recaudador tiránico del impuesto, el prestamista y toda la gama de los llamados léperos: albañiles, tocineros, empedradores de calles, conductores de carros públicos. Por allí también se detenía el aguador cargando su chochocol, tipo característico de la época, consentido de cocineras y recamareras, esperado ansiosamente por las niñas, pues les llevaba cartas y recaditos de amor, y estaba, además, enterado de la vida y milagros del vecindario.

No sólo se aduló a Santa-Anna con una estatua, también se pensó en consagrarle una calle, ésta se abriría por decreto y estaría en línea recta con la de Alconedo, calle que se encontraba entre las calles hoy llamadas Luis Moya y Revillagigedo, la de Alconedo se llamó después Nuevo México y hoy Venustiano Carranza. La apertura de esta calle dedicada a Santa-Anna, decía *El Siglo Diez y Nueve* de 27 de septiembre de 1844:

"Además de dar hermosura y regularidad a muchos edificios, va a ser sumamente útil para la fácil concurrencia del público al Paseo, particularmente la de los carruajes y caballos, pues teniendo con frecuencia que componerse la calle de San Francisco que es la única que hoy transitan les quedará otra amplia y más recta."

La calle se abrió, pero nunca se llamó de Santa-Anna, recibió el nombre de Providencia y comprendía las calles entre las ahora llamadas Revillagigedo y Balderas o sean Humboldt, Iturbide hasta llegar a Bucareli.

La calle Santa-Anna no tuvo fortuna y la estatua muy pronto dejó de estar en la plaza del Volador, ya que las arbitrariedades de Santa Anna, su persecución al periódico *El Siglo Diez y Nueve*, las continuas exacciones, el decreto de subsidio de 21 de agosto para la guerra de Texas, dieron al traste con el prestigio del general, desconocido como presidente por el general Mariano Paredes Arrillaga el 10. de noviembre de 1844. Santa-Anna sin permiso del Congreso se lanzó contra Paredes. En la ciudad de México el 6 de diciembre la guarnición se pronunció acusando a Santa-Anna de violar la Constitución y el pueblo, en defensa del orden constitucional le demostró su ira:



“No se pudieron librar de la indignación pública el pie del general Santa Anna, que se encontraba en el Panteón de Santa Paula, y la estatua de yeso del mismo general, situada en el teatro de Vergara. Hoy ya está descendida, a virtud de las necesidades del pueblo, la de bronce erigida en la plaza del Volador, picado el busto de Santa-Anna que se hallaba sobre uno de los balcones de la sociedad de la Bella Unión, y borrado su nombre en el frontispicio del nuevo teatro. Tales venganzas toma el pueblo más moderado del sempiterno enemigo de sus libertades.”

La estatua de Santa-Anna se guardó y en 1846, se volvió a colocar en la Plaza del Volador.

La vida en esta pequeña ciudad que era México en 1844, fuera del natural desasosiego provocado por Santa-Anna, los trastornos políticos y la guerra de Texas, era bastante tranquila. Se regía por el toque de las campanas y por los gritos de los vendedores que a horas fijas anunciaban su mercancía. Los capitalinos asistían a misa, al rosario y a los *Te deum*, no perdían palabra en los sermones, cumplían con el ayuno, ganaban las indulgencias de las cuarenta horas y no trabajaban los días señalados como fiestas de guardar que eran muchos. De la obligación de trabajar quedaban exentos los indios que podían hacerlo en sus casas y en la de sus amos, como advertía el *Calendario de Galván*.

Una obligación aunque no religiosa era la de vacunarse, lo que se hacía en las Casas Consistoriales de tres a cuatro de la tarde todos los días hábiles.

Cumplidas sus obligaciones religiosas y cívicas los capitalinos tenían varias ocasiones de divertirse: los bailes de máscaras durante el carnaval. Los disfraces para estos bailes se podían adquirir en la peluquería de Juan Llames (segunda de San Francisco, hoy

Francisco I. Madero), y cuyo dueño encargaba a París con la debida anticipación los figurines para los trajes que alquilaba a precios módicos.

En los días santos triunfaba plenamente la gula sobre la templanza, en el Portal de las Flores se instalaban los puestos de agua de chía, horchata y tamarindo, y en ese mismo portal, cuenta Guillermo Prieto, se vendían también chorizón, pollo, fiambre, donoso, pasteles y empanadas.

Los domingos y días de fiesta el Paseo de Bucareli se llenaba de paseantes y de carruajes sin que importaran el piso desigual y lleno de hoyancos, ni tampoco el polvo pues muchas veces el Paseo estaba sin regar.

Las damas olorosas a pachulí, violeta, rosa o azahar y más de alguna abrillantada su preciosa cabellera con manteca de oso, se dejaban ver en carruajes que ostentaban “pescantes con borlones, corceles arrogantes de allende el mar y que eran seguidos de modestos y trepidantes simones”.

Al decir de los comentaristas de la época, las damas que más éxito tenían eran las blancas por su color a la *dernière*, y también las de talle esbelto, pues las gordas no cabían dentro del círculo romántico. Las jóvenes distinguidas iban peinadas por los célebres peluqueros Carlos, de Shalhier y Monteauriol, y adornadas sus cabezas con las últimas novedades de París, que vendía Mme. Virginia. Los géneros para vestidos que disfrutaban de mayor aceptación eran los terciopelos, gros, tornasol, listado o de cuadros, la tarlatana. Las balsorinas también tenían buena acogida. Los figurines más hermosos podían copiarse del *Le Petit Courier*.

“Los vestidos, señalaba *Le Petit Courier*, varían infinitamente; y tan caprichosas son las formas que se adoptan que sería imposible especificarlas: ya son las mangas cortas o largas a la religiosa, otros lindos accesorios y adornos a la última moda como guantes de *cuarto brazo*, con borlas de seda u oro, pañuelos blancos bordados a la *duquesa*, abanicos de concha, dorados con espejillos o retratos, así como adornos para el cuello.” Las *Coleretas a la Cardinal*, *bertes* y *pelerinas*, se encontraban en el cajón del “Arco Iris”, calle de Plateros, y en los cajones de la “Mina de oro y del Sol” o en el “Cajón de las tres Garantías”.

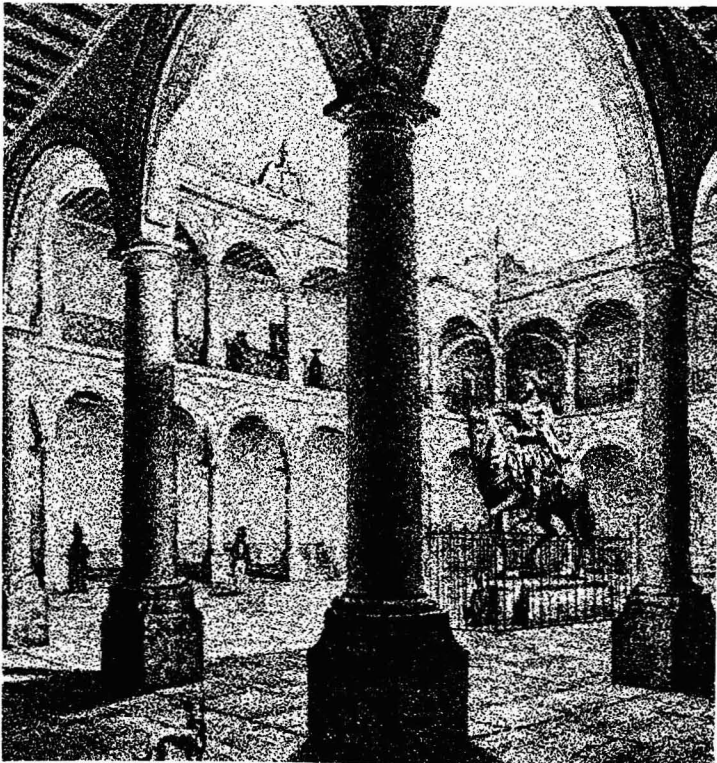
Al Paseo de Bucareli también hacían acto de presencia los elegantes que se apeaban estrictamente a la última moda, llamados *leones*, pues ya por ese tiempo estaban en desuso los nombres como *dandys*, *petimetres*, *fashionables* y *pisaverdes*.

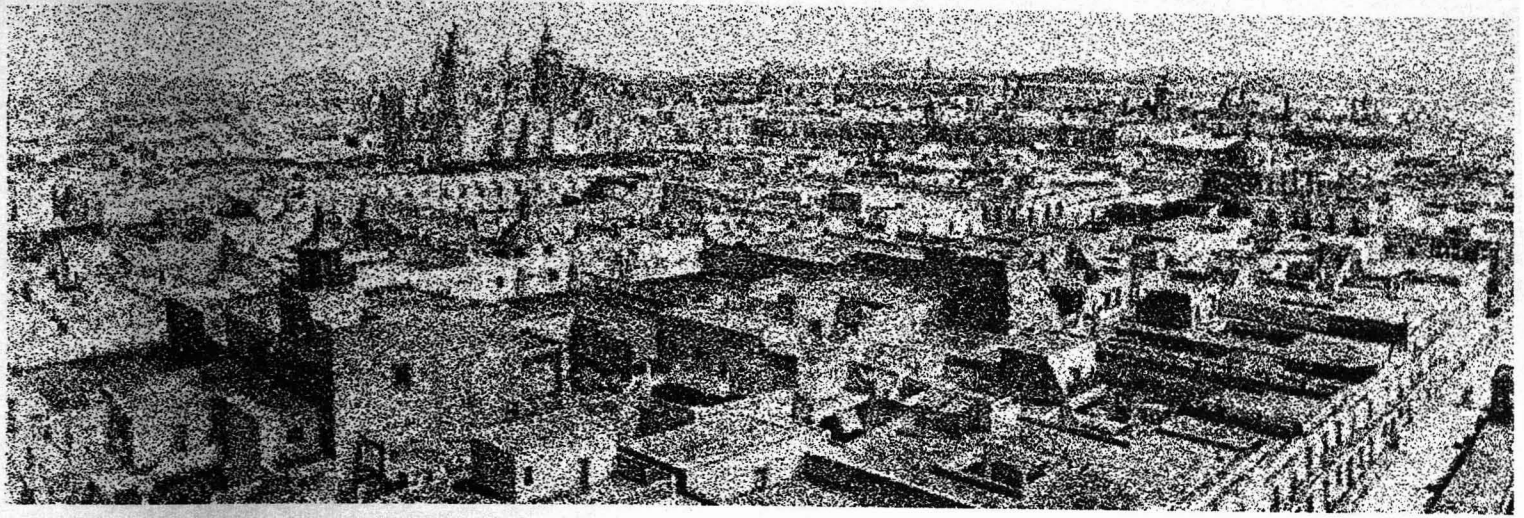
Los *leones*, hijos de ricos las más veces, compraban sus trajes —cuenta Prieto— en los talleres más acreditados por su puntualidad y finas hechuras como eran los de Cussac y Gaillard, el de Pedro Chabrol; este último cortaba los mejores pantalones. En el taller de Urigüen y Ragneau se recibían de París “los más selectos géneros y los más modernos figurines”. Desiderio Valdés cuyo taller estaba en la segunda calle de la Monterilla, hoy Cinco de Febrero, “tenía particular gracia para entallar los chalecos y formar un cuerpo gallardo.”

Por lo que se refiere a los militares que gustaban de vestir bien compraban sus trajes con Pedro Laforgue.

Los *leones* completaban su elegancia con los sombreros adquiridos en la primera sombrerería de México, la de Aucecy y Toussaint, sita en el Portal de Mercaderes.

Los de última moda —asimismo informa Prieto— eran por esos días, los de “ala un poco ancha y copa aclarinada, que constituye





poco más o menos un verdadero *chapeau crombleu* como lo usaba el portero Pipolit, de los *Misterios de París*," novela muy leída y gustada en México.

Damas y *leones* vestidos al último grito de la moda se lucían también en la Alameda. El paseo de la Viga con su entonces canal caudaloso, hoy convertido en congestionada calzada, tenía en aquellos años mucha concurrencia.

Otras diversiones muy atractivas eran las corridas de toros, "los espectáculos sorprendentes de fuerzas", las ascensiones aerostáticas en la Plaza de toros de San Pablo, los días de campo en Chapultepec y las ferias durante la Pascua del Espíritu Santo en San Agustín de las Cuevas, hoy Tlalpan.

Y no menos atractivas resultaban las fiestas públicas con motivo del cumpleaños de Santa Anna o de su matrimonio. El cumpleaños del general el 13 de junio se celebró rumbosamente con bailes, funciones de toros, recepciones en Palacio, solemnidades religiosas y la erección de la estatua de Santa Anna en la plaza del Volador.

También muy rumboso fue el segundo y apresurado matrimonio de Santa Anna, quien se casó con doña Dolores Tosta a los cuarenta días exactos de haber muerto su primera esposa, doña Inés García. La belleza de doña Dolores Tosta puede admirarse en el retrato que en 1855 le hizo el pintor Juan Cordero, muestra espléndida de nuestro arte académico. Santa Anna y Dolores Tosta se desposaron el 3 de septiembre de 1844 a las siete de la noche en el salón de audiencias solemnes en Palacio y los bendijo el arzobispo de México.

A continuación se sirvió un espléndido ambigú. Se iluminaron como en días de fiesta nacional los edificios públicos "y los músicos de todos los cuerpos estuvieron tocando piezas escogidas,

en la plaza y bajos del Palacio, hasta que terminó la función, que estuvo brillante, propia, digna del acontecimiento que la motivaba", escribió el cronista de Palacio.

Los habitantes de la ciudad que preferían las representaciones teatrales asistían al Teatro Principal, llamado por parecer un cementerio, "Santa Paula", al de Nuevo México, conocido como el "Corral de Belchite" y al recientemente construido por el arquitecto Lorenzo de la Hidalga con fachada principal de orden corintio, el Gran Teatro de Santa Anna, inaugurado con mucho bombo el 10 de febrero de 1844, en el que los días 7 y 8 de diciembre de ese mismo año se puso en escena por primera vez en México, el *Don Juan Tenorio* de José Zorrilla.

Al iniciarse el año de 1844, la capital contó con un entretenimiento más: el "Gran Diorama, cuadros químicos de Daguerre de París" (Plaza de la Constitución núm. 4), espectáculo nuevo en la ciudad de México y en toda la República. Este espectáculo tan novedoso había causado la admiración tanto en Europa como en los Estados Unidos "por el efecto sorprendente y por la ilusión que producen del día a la noche, siguiendo todas las gradaciones de la luz, nuevo procedimiento de pintura inventada por el célebre Daguerre".

El "Gran Diorama" exhibía cuatro cuadros que todos los espectadores podían ver a la vez sin el vidrio de aumento necesario con el cosmorama.

Los cuadros presentados en el "Gran Diorama" al módico precio de cuatro reales por persona, y niños menores de siete años a dos reales eran el interior del monasterio de Monserrat en Cataluña, el derrumbamiento de una montaña en el valle de Goldo en Suiza, el interior de la Iglesia de San Esteban en París y la celebración de la misa de gallo, en la misma iglesia y la inauguración del templo de Salomón en Jerusalén.

En la calle de Vergara núm. 6, (Bolívar) diariamente desde las cuatro de la tarde hasta las diez de la noche, por el mes de agosto, hubo otro espectáculo también novedoso: la Gran música mecánica traída de Europa. El atractivo lo constituían dos monos que ejecutaban, entre otras monerías, la de saludar a los concurrentes, darse las manos y besos de cariño, bailar, tocar la guitarra y el violín.

La primera galería de la música representaba las operaciones de la tropa de Napoleón Bonaparte, la segunda una compañía de alemanes bailando, la tercera una carroza de estado con los reyes de Europa acompañados de muchos generales y tropa de todas las naciones, y, por último, en la cuarta galería, dos damas y dos caballeros bailando en una cuerda. La entrada costaba un real. (*El Siglo Diez y Nueve*, 23 de agosto de 1844.)

Se podía charlar sabrosamente en los cafés "La Gran Sociedad", "El Progreso", "Las Cuatro Naciones", el "Gran café de las Escalerillas", "El Aguila de Oro". Guillermo Prieto en su libro *Memorias de mis tiempos*, alude al famoso "Café de Veroly" situado en la calle del Coliseo (Bolívar), en donde se servían café con leche, tostadas, molletes, roscas de manteca, té, café, copas de catalán de licor y, a hora oportuna, ponche o refrescos. "Los frecuentaban —dice Prieto— militares, empleados ociosos, vejetes calaveras, tahures empedernidos, niños finos, y polluelos pretensiosos, oficiales y políticos". En el "Café de Veroly" se jugaba ajedrez y dominó.

El también muy famoso "Café del Cazador" situado en el



Portal de Mercaderes No. 2, en donde hoy está la "Joyería del Portal, S.A." esquina portal de Mercaderes y Francisco I. Madero, anunciaba el 27 de septiembre de 1844 en *El Siglo Diez y Nueve*, que había sido elegantemente restaurado por su dueño, quien sin escatimar gasto alguno para satisfacer al público, ponía también a la disposición de éste una bien surtida *pastisserie*.

En recuerdo de aquel "Café del Cazador" un nuevo Café con ese mismo nombre funciona ahora en el Portal de Mercaderes.

Entre las fondas que ese año se anunciaban para comer bien "en estilo muy distinguido", con buen servicio y limpieza y a precios razonables estaba en la calle de San Francisco número 1, junto a la iglesia de la Profesa, la fonda de Tomás Laurent. Y en su tienda de comestibles "las personas aficionadas a la gastronomía", encontraban jamones, quesos, salchichones, pasteles, gelatinas, trufas, vinos y licores como champaña, Borgoña, Burdeos de todas clases, jerez, marrasquino, curazao, anisete y cognac, todo a precio muy moderado.

También la dulcería "Del Puente" en la calle del Espíritu Santo número 9 (cuadra que está hoy entre Madero y 16 de septiembre), recibía un gran surtido de productos ingleses y franceses, "pescados, aves, conservados, licores, frutas en aguardiente o en almíbar, en medias botellas de las primeras fábricas de Europa, dulces, jarabes y chocolates finos".

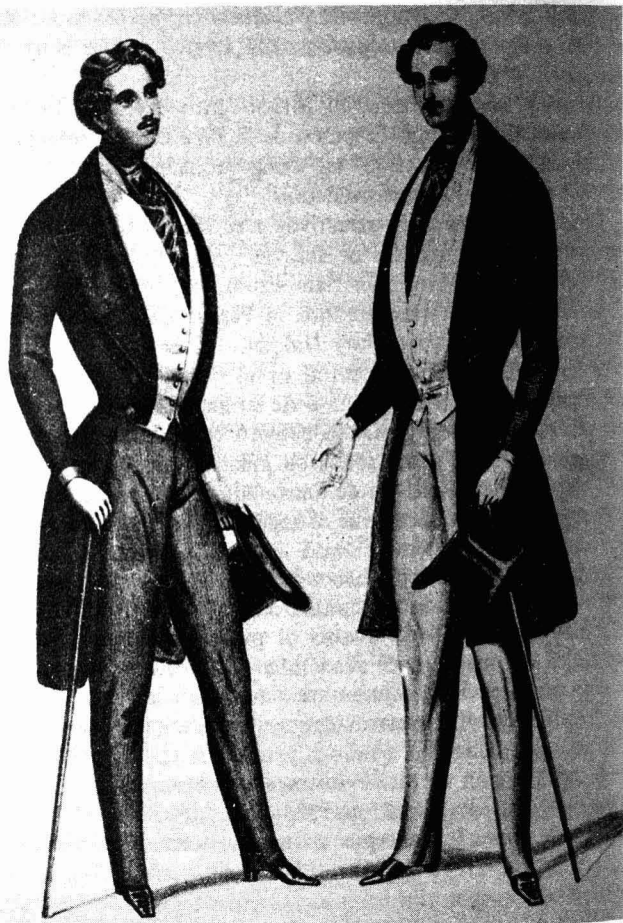
Las familias distinguidas a la comida tradicional del país añadían el gusto por las viandas europeas.

La ciudad podía recorrerse a pie o bien en coche. Los que carecían de vehículos alquilaban uno de los coches que se situaban en la plazuela del Colegio de Niñas, o en la vinatería de la esquina de Tiburcio, y Tercera Orden de San Agustín. La calle de Tiburcio es la cuadra que está entre Isabel la Católica y Bolívar. Y la de la Tercera Orden, es la que está a un costado de Isabel la Católica, entre Uruguay y República del Salvador. El precio del alquiler era de tres reales la hora los días de trabajo y cuatro los días de fiesta.

También tipos muy propios de esos años eran los cocheros. Cito, otra vez, a nuestro informante Guillermo Prieto, quien nos dice que había el cochero aristócrata, de casa rica vestido de frac, con guantes y que guiaba arrogantes mulas o frisonas; el cochero *rústico*, que trabaja con un canónigo, el cochero de *justo medio*, que eran los de casa venida a menos, el *cochero médico*, el *cochero marcial* y el *cochero empleománico*.

Para Prieto el tipo verdaderamente curioso era el cochero providente o cochero del sitio, que cobraba un sueldo nominal de catorce pesos al mes del que se le descontaban *seis para el mulero* y que, atendido a su ingenio y astucia, debía procurarse unos pesos más. El cochero providente —informa— "vivo, afectuoso y servicial escoge su carga, midiendo con la vista su fortuna, acoge a las parejas furtivas, pasea a las amigas clandestinas ya ante el cuadro sombrío de la Alameda, ya en la desierta calzada de Bucareli; ya por la sombría arboleda de la Viga, o por la arquería de la Verónica. Conoce todas las calles, sitios donde se encuentra al usurero, la comadrona, el músico, el confesor, el repostero, la mejor fonda, las hijas de la alegría, es —dice Prieto— un almanaque vivo, una guía de forasteros animada, una enciclopedia con espuela, un sacerdote del amor, el más astuto".

Cuando cae un cliente poco avisado cobra de más, se extiende en marchas adelante de Chapultepec "y transporta hasta ocho en su coche al Peñón, templo de Venus, *orgía* tremenda, sin previa



censura y sin registro como en las aduanas... La lluvia es su cosecha, toman a veces por sí los coches, los monopolizan, y entonces como Júpiter entre los truenos y relámpagos imponen la ley a los mortales".

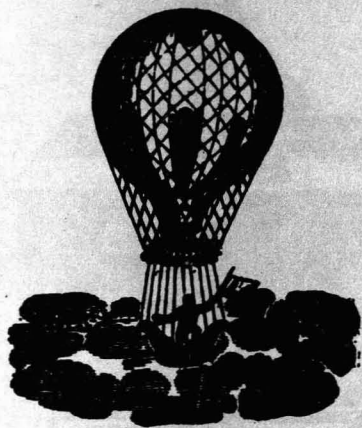
El *cochero providente* tiene su enemigo: el soldado "que descarga su furia sobre él en los paseos, interrumpe sus homicidas carreras, lo acecha en los teatros, lo maltrata en todas partes."

Toda proporción guardada, las costumbres y argucias del *cochero providente* y las de su enemigo, parecen repetirse en los conductores y vigilantes de nuestros días.

Los transportes para ir al interior de la República se reducían a las diligencias lentas y riesgosas y cuya casa se encontraba en el callejón de Dolores. De esta casa salían diligencias para Querétaro, Guanajuato, Lagos, Guadalajara, Cuernavaca, Puebla, Jalapa y Veracruz. Diligencias conducidas por el *cochero errante*, mezcla original —sentencia Prieto, de *yankee* y lépero.

La vida cultural se desenvolvía en la Universidad, en la Academia de las Tres Nobles Artes de San Carlos, en la Sociedad de Geografía y Estadística, la Academia de la Lengua, la de San Juan de Letrán, el Ateneo Mexicano, sociedades a las que pertenecían las personalidades más distinguidas.

El Ateneo Mexicano citaba a sus miembros después de las oraciones, es decir, a las siete de la noche. Aquí, en el Ateneo, el 25 de febrero de 1844 en lectura pública, José María Lafragua



pronunció un notable discurso sobre “El carácter y objeto de la literatura”, en donde afloró su preocupación por una literatura propia.

“Imitemos —aconsejaba Lafragua— a los antiguos más que en sus producciones en su estudio; beneficiemos la mina virgen aún de nuestra patria, creando una literatura nacional.”

También en el Ateneo se escuchó otro discurso muy importante para la historia de la literatura mexicana, el de Luis de la Rosa titulado “Utilidad de la literatura en México”, y publicado el 21 de julio de 1844 en el *Ateneo Mexicano*, órgano de esta asociación, Luis de la Rosa deseaba fervorosamente que nuestra literatura se nutriera en nuestras raíces y se enalteciera con los temas nacionales.

A fines de 1844 el Ateneo Mexicano convocó a un certamen con el objeto de “honrar los trabajos, útiles, con el tema: Un plan para extender en la República la mejor educación popular primaria”.

La Universidad se hallaba frente a la plaza del Volador, que ahora ocupa la Suprema Corte de Justicia, y aún se encontraba en su hermoso patio la estatua de Carlos IV, que el año de 1852 sería trasladada al sitio donde hoy se encuentra, y donde nadie puede admirar en medio del tráfico la obra de Manuel Tolsá, expresión espléndida del arte neoclásico.

La Universidad interesaba y sigue interesando a la prensa periódica. *El Siglo Diez y Nueve* el 25 de octubre de 1844 se quejaba en el apartado “La Universidad de México” del elevado precio, doce pesos que tenía que pagar por su título un bachiller, pues lo usual era cobrar cuatro reales.

“Preguntamos —decía *El Siglo Diez y Nueve*— ¿por qué ha encarecido tanto esta mercancía cuando la escasez de consumidores parece que debería haber hecho bajar ese precio?”

El pretexto para elevar a doce pesos el costo de un título de bachiller se debía a que la Universidad no se limitaba a conferir el título sino que, además, se extendía a conferir el grado.

“La intervención de un doctor, *magistrali infula ornatus* —afirmaba *El Siglo*— nos parece en el caso presente no sólo inútil y ridícula, como siempre, no sólo gravosa, puesto que da pretexto a exigir doce pesos a un pobre estudiante, que Dios sabe los trabajos con que sigue su carrera y que consume en el colegio, la parte más hermosa de su vida, sino además ilegal y arbitraria.”

El periódico llamaba la atención de la junta directiva de instrucción pública sobre este asunto que consideraba escandaloso, y esperaba que “en este país en que por todo se cobra, sin que el país perciba los beneficios que se le debían procurar con el producto de los gravámenes”, los estudiantes fueran exceptuados de esa “plaga universal”, pues en ellos la patria ponía sus esperanzas tanto “para la ilustración y moralidad del pueblo”, como por los servicios que prestarían a la república.

A principios del año de 1844, el 17 de febrero, *El Siglo Diez y Nueve* insertó el aviso firmado por Francisco Manuel Sánchez de Tagle, secretario de la Academia de San Carlos en el que se notificaba que por supremo decreto de 16 de diciembre de 1843 había sido cedida la renta de la lotería a la Academia, “y de su cuenta se celebran los sorteos desde el presente año... [además] para dirigir y administrar la lotería, la junta superior de gobierno de la Academia ha nombrado otra directiva compuesta de los señores D. Francisco Javier Echeverría, D. Gregorio Mier y Terán y



D. Juan María Flores, que se ocupa, cumpliendo con lo acordado, de montarla en un pie que halague más al público, de establecer mensualmente un premio de veinte mil pesos, y según progresare celebrará todos los años algún sorteo extraordinario con un premio de cincuenta mil... el aliciente de un premio considerable y mucha mayor probabilidad de costearse debe aumentarse el número de los entrantes, quienes considerarán que los productos van a emplearse en sostener y fomentar un establecimiento de tan conocida utilidad común como es la Academia, que florecerá a proporción de los recursos que se le den, y hará renacer y prosperar en la república las Bellas Artes, cuyo esplendor o decadencia indica el estado de la civilización de las naciones”.

Los estudiosos y amantes de la lectura en las reputadas librerías, “La Librería Mexicana”, la Alacena de don Antonio de la Torre, la de don Cristóbal de la Torre, la de don Luis Abadiano, la “Librería Americana”, la “Antigua librería de Galván”, podían hallar todas las novedades que salían de las prensas europeas, ya en el idioma original, francés, inglés o en traducciones, también se podían adquirir libros en latín o en griego y, desde luego, todos los publicados en España. Los libros de mayor demanda eran los catecismos, silabarios, diccionarios, biblias, vidas de santos, sermones, historias sagradas, crónicas, memorias, historias, novelas, comedias, sin que faltara el interés por los libros científicos de matemáticas, física experimental, geología, mineralogía, etcétera.

Los libros más anunciados en ese año de 1844 por las citadas librerías, entre otros muchos, fueron *El Compendio del año cristiano*, *La Mística ciudad de Dios o vida de la Santísima Virgen María*, por la madre Agreda, monja concepcionista del siglo XVIII, las novelas de Balzac, de Víctor Hugo, de Eugenio Sué, Jorge Sand, obras de Byron, Lamartine, Chateaubriand, Molière, poesías de Espronceda, Zorrilla, Hartezenbuch, Campoamor, obras completas de Francisco de Quevedo, de Mariano José de Larra, las *Aventuras de Telémaco* de Fenelón, el *Ensayo político sobre la Nueva España* de Humboldt, y los recientemente publicados: el *Viaje a Méjico* de Mathieu de Fossey (1844), editado por Cumplido, *Las disertaciones sobre la Historia de la República Mexicana* en tres tomos de Lucas Alamán (1844) salida de las prensas de José Mariano Lara y la *Vida en México* de la Marquesa Calderón de la Barca (1843). De esta obra “que ha llamado tanto la atención de los mexicanos —dice el anuncio— y que se ha hablado de ella con tanta variedad, han llegado algunos ejemplares en inglés, idioma en que la escribió su autora, y con algunas vistas litográficas, a la alacena de libros de D. Antonio de la Torre, consta de dos tomos hermosamente encuadernados en lienzo realzado, y se expende al equitativo precio de 6 ps. 4 rs.

El 4 de noviembre apareció la primera entrega de la *Historia de la Conquista de México*, por William Prescott y traducida por Joaquín Navarro. Se vendía en la Librería Mexicana y en la Alacena de D. Antonio de la Torre.

En estas librerías se vendían los periódicos *El órgano de Jalisco*, *El Veracruzano*, *La Colmena*, *El Feligrés instruido*, *La Democracia Pacífica*, diario de París, *El Instructor de Londres*, *El Correo de Ultramar*, periódico publicado en París, el *Instructor Filarmónico*,



periódico semanario musical.

En la Alacena de don Cristóbal de la Torre, se encontraban al moderado precio de doce reales los últimos ejemplares de la vista de la plaza de México “dibujada por el célebre director de la Academia D. Rafael Ximeno y grabada en cobre por el director de la misma D. Joaquín Fabregat en 1797”.

La Librería número 7 del Portal de Mercaderes ofrecía un San Pedro pintado al pastel por José Luis Rodríguez Alconedo.

En la Librería Americana, calle del Refugio (hoy 1a. de 16 de septiembre) se anunciaba como gran novedad la “*Causa célebre mexicana instruida a los que asesinaron en Tacubaya a los ingleses D. Florencio Egerton y Da. Inés Edwards*, aparecida en mayo de 1844 y publicada por los editores del observador judicial. Impresa por Leandro J. Valdés, Calle de la Cazuela No. 3 (en Alcaicería). Está impresa en un cuaderno de cuarenta páginas a la rústica y el precio de cada ejemplar es de dos reales y dos pesos la docena”.

Daniel Tomás Egerton y no Florencio, pintor inglés, vecindado en Tacubaya, estuvo en nuestro país en 1830 y después regresó en 1840. Su obra sobre México hoy día estudiada y justamente valorada, comprende hermosos óleos, acuarelas y litografías. En ella destacan el Valle de México, el Lago de Pátzcuaro, la vista de la carretera de Cuernavaca desde San Agustín de las Cuevas, y son muy interesantes las vista del Zócalo, de Tacubaya y otros paisajes y escenas de la vida mexicana.

El 27 de abril de 1842, Egerton y doña Inés Edwards que pasaba por ser su mujer fueron asesinados en las afueras de Tacubaya. Tras de muchas averiguaciones los asesinos descubiertos y aprehendidos fueron condenados a muerte y uno a veinte años de prisión.

El interés de la *Causa célebre* que tanto había llamado la atención de la sociedad radicaba —según el anuncio— en que en ésta se podía advertir una crueldad que era muy rara tanto entre los mexicanos como en los extranjeros. Además, la causa tenía interés para todo el mundo, y especialmente para los que se dedicaban a la ciencia del foro.¹

No sólo en estas librerías sino también en las anteriormente citadas se vendían *El Boletín de Noticias*, publicación literaria e informativa, Imp. de la calle de la Cazuela. *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*. *Semanario artístico*, publicación para la educación de los artesanos de la República Mexicana, Imprenta de Vicente García Torres, *El Zurriago literario*, literaria y científica, Imprenta de Ignacio Cumplido. *El ateneo Mexicano*, Imprenta de Vicente García Torres. *El Museo Mexicano*, miscelánea pintoresca de amenidades curiosas e instructivas editado por Ignacio Cumplido.

Por su magnífica presentación eran muy buscadas las preciosas revistas de Ignacio Cumplido y de José Mariano Lara, muy apreciadas también por su rico, interesante e instructivo material: artículos científicos, poesías, historia, literatura, modas, etcétera. En estas revistas colaboraban los más connotados escritores de aquellos años.

Hay que decir que tanto Cumplido como Lara fueron los más famosos impresores del siglo XIX, y que se disputaban el realizar las más bellas y pulcras ediciones.

Ese año de 1844 apareció una nueva y hermosa revista, el *Liceo Mexicano* salida de las prensas de José Mariano Lara, calle de la Palma núm. 4.



En el *Liceo Mexicano* se publicó un pequeño artículo titulado “México en el año 1970”, firmado con el seudónimo de “Fósforo Cerillos”. El articulito si bien es una crítica encubierta a la situación política y a los desmanes de Santa-Anna, resulta muy atractivo por decirnos este hombre medianamente culto que vivía en la ciudad de México en 1844, cómo sería México ciento veintiséis años más tarde.

La cultura y conocimientos científicos de “Fósforo Cerillos”, según se deduce de su escrito, se basan en las lecturas de revistas y periódicos en donde aparecían las novedades científicas que, naturalmente, inquietaban a los lectores, novedades recogidas y difundidas, por ejemplo, en los muy populares *Calendarios de Galván*.

En 1844 el *Calendario de Galván* publicó el pequeño apartado “De la Luna” en el que se proporcionan datos sobre el movimiento del satélite alrededor de la tierra, las investigaciones hechas por los astrónomos en ese año y que negaban que las cavidades y las manchas fueran mares, o la disputa científica sobre si la luna tenía atmósfera o carecía de ella. Acerca de los posibles habitantes de nuestro satélite se lee en el *Calendario*:

“Si los hay deberán de tener una constitución muy singular, unos pulmones de rara formación, sin aire que respirar, sin agua ni vino que beber y Dios sabe si tendrán algo que beber.

“En la curiosa cuestión sobre los habitantes de la luna, los filósofos así como los poetas, han tenido más circunspección de lo que acostumbran en otras materias; el ingenioso Fontanelle no se atrevió a dar idea alguna de la especie de criaturas que pueden habitar allí; otras suponen su habitación por razones de congruencia, y por temor de disparatar concluyen, con que su investigación es inútil y fuera de nuestro alcance.”

“Si la luna influye en la constitución humana, —dice el *Calendario*—, excitando a los maniacos cuando está llena, y por eso se llaman lunáticos, es de suponer que sus habitantes tengan muy endurecidos los sesos para poder resistirla.”

Tales eran las ideas en torno a la luna que prevalecían en 1844.

¿Pero qué profetiza para el año de 1970 este “Fósforo Cerillos”?

Es por medio de un diálogo entre don Próspero, viejo de noventa años y su joven sobrino, la manera que encuentra “Fósforo Cerillos” para predecir el México de 1970. Don Próspero y Ruperto viven en 1970 y como hombres del siglo XX comentan los adelantos gigantescos de este su siglo, por todos conceptos maravilloso.

“Lo que más me entusiasma —asegura don Próspero— y me hace concebir las más lisonjeras esperanzas de que nuestra juventud va a causar una revolución brillante en las ciencias y en las artes, es que, por fin, los hombres se han convencido íntimamente de que la piedra filosofal para todas las empresas, es que cada individuo se dedique exclusivamente a un solo ramo, y trate de hacer en él cuantas reformas juzgue convenientes.”

“Fósforo Cerillos” censura de esta manera el enciclopedismo del XIX y no se equivoca al señalar la *especialización* como una de las metas y logros del siglo XX. El autor no sólo critica el enciclopedismo que “producía charlatanes lo más superficiales que puedan concebirse”, sino también el costumbrismo, pan de cada día en el siglo XIX, que impedía encontrar en los periódicos literarios “algún buen artículo científico o histórico”.

En pleno siglo XX, la conversación de don Próspero y Ruperto es interrumpida por el doblar de las campanas de todas las iglesias de México. Ruperto le aclara que el telégrafo eléctrico había avisado a las siete de la mañana la muerte del gobernador de las Californias ocurrida a las cinco y media de esa misma mañana y que, para honrar a este gobernador notable por sus muchas virtudes, vasta instrucción, honradez y laboriosidad —un garbano de a libra— el presidente había ordenado un suntuoso funeral en la catedral para el día siguiente a las diez de la mañana y quedaban obligados a concurrir los gobernadores y autoridades de todos los departamentos, así como las guarniciones militares de México, Puebla, Veracruz, Jalisco, Matamoros y Chihuahua. El viaje se haría en ciento veinte globos aerostáticos.

El presidente —dice Ruperto— también había mandado “que se grave la vista de la comitiva del paseo fúnebre en una lámina de daguerrotipo que tenga ocho varas de largo y seis de ancho, y que se coloque en un salón del palacio de las Californias, pero sacándose otra igual que debe colocarse en las Casas Consistoriales de México, para que recuerde siempre a los gobernantes de este departamento que el buen porte produce siempre la estimación pública. Además se ha de publicar en los periódicos la descripción del funeral”.

“Fósforo Cerillos” hombre que soporta un mal gobierno, imagina cómo se comportará un presidente de México en el siglo XX. En primer lugar obligará a sus ministros a dar audiencia a todo el mundo dos horas antes del despacho, “pues ha tenido repetidas quejas de que se encierran en sus gabinetes y no quieren oír las solicitudes de los que a ellos recurren”.

Asimismo, en el siglo XX, se castigará con la muerte a los ministros que se enriquezcan durante su gestión.





“La pena —dice don Próspero a su sobrino— te parecerá muy rígida; pero solamente así se ha conseguido desterrar el infame abuso de que los que tienen el poder comercian vilmente con él. Hace muchos años que ni aun se oye hablar en México de estos desórdenes, y hoy es preciso que se haga ver que la justicia no tiene miramientos con nadie, sino que al contrario, los hombres públicos son los que deben tratarse con un rigor más implacable cuando delinquen.”

Si la ley se cumple al pie de la letra, la muerte aguarda al Ministro de Comercio que antes de entrar al ministerio tenía sesenta mil pesos, los que aumentó a trescientos mil y, además, “posee una colección de treinta mil monedas sacadas al electroti-po”.

La mala suerte persigue al Ministro de Comercio, ya que no sólo la prensa de oposición ha descubierto sus malos manejos sino, también, tiene graves problemas familiares. Su sobrina, rica heredera a la que pensaba casar con su hijo se había fugado con su amante sin que los pudiera perseguir: la fuga había sido en globo.

Para colmo, la sobrina desde el carro del aerostático a una altura de cincuenta varas, se burlaba de su tío.

Aunque parezca inverosímil que a las doce y media de la noche y el ministro viera a su sobrina —dice “Fósforo Cerillos”:

“Esto alude a un proyecto que tiene en París un francés, y es: producir una luz tal y colocada de modo que desempeñe perfectamente en la noche las funciones del sol en cuanto a la luz. Parece descabellado a primera vista el proyecto; pero no lo es, pues lo primero casi se ha logrado dirigiendo una corriente de hidrógeno-bicarbonado inflamada sobre cal viva: la luz que resulta es tan intensa, que a trescientas varas de distancia se puede leer una carta. La dificultad, pues, de producir el rayo solar, (así llama su autor a su feliz pensamiento) consiste en colocar el aparato que da la luz a una altura en que sin dañar demasiado la vista de los que están cerca de él, puede alumbrar a grandes distancias. Como antes dijimos, el proyecto no nos parece desatinado, y creemos que si su autor imita a Daguerre en su asidua laboriosidad llegará a ver coronados sus esfuerzos.”

A seguidas “Fósforo Cerillos” habla de la gran actividad teatral que en el año de 1970 hay en la ciudad de México: los lunes y los jueves una gran compañía de teatro formada por los mejores actores franceses viene desde Orleans al teatro situado cerca de la Ciudadela; las demás noches, en este mismo teatro, la segunda compañía de Milán deleita a los asistentes con las más gustadas óperas.

Para terminar su artículo “Fósforo Cerillos” se complace en imaginar la sorpresa que se llevaría, si resucitara, “uno de los seudo grandes del siglo pasado, si viera que el año de 1970 la ciudad de México cuenta con 22 teatros, 43 bibliotecas, 164 institutos literarios, 32 hospitales, en fin, si viera 800 000 habitan-

tes disfrutar de libertad, de salubridad y de una paz inalterable en la ciudad más hermosa de América, pediría se le volviese inmediatamente al sepulcro por temor de encontrarse por todas partes con la maldición de los hombres”.

La ciudad de México según la predicción de “Fósforo Cerillos” en 1970 tendría una cultura floreciente y sus habitantes — ¡oh dichosos! — habrían encontrado la fórmula de la felicidad, buscada con tanto anhelo desde la Ilustración, en la paz, la libertad y la salud pública.

Si resucitara “Fósforo Cerillos” mucho se asombraría al comprobar cuán por debajo de la realidad quedaban sus predicciones hechas para el año de 1970, puesto que como siempre la realidad había superado a la ficción. No daría crédito a los progresos que en nuestros días ha alcanzado esa especialización en la que él veía la piedra filosofal del siglo XX. Se quedaría atónito ante el viaje de los cosmonautas estadounidenses a la luna, lo pasmarían la rapidez de las comunicaciones que tanto le preocupaban, los medios actuales para recibir y transmitir las noticias, las imágenes y el sonido, la “luz intensa” que convierte la noche en día y tantas otras invenciones de la ciencia y de la técnica que es imposible enumerar.

Se entristecería al ver que la ciudad de México no es la más hermosa de América, ya que la destrucción y abandono de sus monumentos artísticos ha sido en mengua de su belleza. Eso sí, se admiraría al constatar que su ciudad es una de las ciudades de crecimiento más desorbitado, de vida atropellada, con una población de ocho millones de habitantes, de comercio activísimo y próspero, con almacenes que rivalizan con los mejores del mundo, con tiendas de autoservicio, con modernos transportes como el “Metro”, con bibliotecas, con muchos teatros techados y al aire libre, teatros en que presentan espectáculos de todo el mundo, museos espléndidos, galerías de arte, librerías, magníficas instalaciones hospitalarias, centros de investigaciones científicas y humanísticas, y con una gran actividad cultural social y política. No dejaría de enorgullecerlo nuestra Ciudad Universitaria y el interés que existe por la educación y por la salubridad que, como aseguraba “Fósforo Cerillos”, sería uno de los grandes beneficios que disfrutaría México en 1970.

Lo que sí, seguramente, desencantaría a “Fósforo Cerillos” es que en medio de tantos progresos que hacen de México una gran ciudad moderna, sus profecías de orden moral no se han cumplido, pues son, al parecer, más difíciles de realizarse que todas aquellas predicciones que rebasaron su imaginación.

1 Con motivo, de la exposición de Daniel Tomás Egerton en el Instituto Francés de la América Latina, de la ciudad de México del 4 al 15 de diciembre de 1954, el Instituto de Investigaciones Estéticas reprodujo en sus *Anales* (No. 23, México, 1955) la *Causa célebre/contralos asesinos/de/don Florencio Egerton/ y doña Inés Edwards/Extracto de la original.*